

Los largos poemas de un novelista

Poesía reunida

WILLIAM OSPINA

Lumen, Bogotá, 2017, 361 pp.

WILLIAM OSPINA (Padua, Tolima, 1954) es un escritor que goza de gran reconocimiento, en general, por parte de los lectores y de la crítica especializada. Sus libros son bastante leídos, sin lugar a dudas. Es autor de novelas, ensayos, poemas, y columnista semanal de un periódico nacional. En ensayo son famosos sus libros *Las auroras de sangre* y ¿Dónde está la franja amarilla?; en novela, *El país de la canela* y *Ursúa*, y en poesía, *Hilo de arena* y *El país del viento*. Pero en los tres géneros literarios ha escrito bastantes títulos.

En 2017 la editorial Lumen, en edición colombiana (aunque es un libro de pasta dura, cosido y con sobrecubierta, es imposible no comparar el papel —más bien deleznable y amarillento— con el de la edición española), publicó *Poesía reunida*, que contiene: *Poemas tempranos*, *Hilo de arena*, *La luna del dragón*, *El país del viento*, ¿Con quién habla Virginia caminando hacia el agua?, *África* y *La prisa de los árboles*. Podría uno decir que el libro contiene los títulos publicados hasta ese momento por el autor. Pero quedan dudas, porque *África* es solo un poema (no puede, por lo tanto, ser un libro, o no en este caso) y *La prisa de los árboles* es un puñado de poemas con un prólogo: “Unas palabras previas para un libro en preparación”. Esos dos no son libros, entonces, pero están bajo esa convención. En este punto habría que anotar, también, que en 2008 la colección La Otra Orilla, del Grupo Editorial Norma, había publicado el mismo libro (los mismos poemas, los mismos títulos, el mismo texto de presentación, los mismos prólogos de cada libro, en pasta blanda, pero una edición más agradable y con la pintura de un artista nacional en la portada, no ilustraciones tomadas de páginas de internet o de agencias que nadie conoce, tal vez por no pagar) bajo el título de *Poesía*. Produce curiosidad, por ejemplo, ver que, nueve años des-

pués, el último “capítulo” (presentado como libro) continúe siendo *La prisa de los árboles*, con el mismo prólogo de “Unas palabras previas para un libro en preparación”. Y en la edición de 2017 (la de Lumen) no hay ninguna alusión a la edición de 2008 (seguro los derechos ya eran nuevamente del autor) ni a ese dato que, por lo menos, es curioso.

William Ospina es un escritor con grandes dotes narrativas, que comporta una vastísima enciclopedia y un incuestionable y rico lirismo. Por todo ello es un poeta casi siempre extenso, autor de poemas que contienen mucha información, tal vez elevados en sus concepciones personales. E inalcanzables a veces. En el presente libro, que es una reunión de su poesía publicada hasta 2017, esa característica es evidente. Son los largos poemas de un narrador, de un escritor que no para de contar historias. Y que se desvive por contarlas. Esto lo corrobora el mismo Ospina en una entrevista que dio para la revista *Quimera* de España, en noviembre de 2009, a propósito de su reciente Premio Rómulo Gallegos:

Tiene una obra prolífica en poesía y ensayo, su incursión en la novela es más reciente, ¿cómo llegó a la narrativa?

En mis escritos, en mis poemas había cada vez más una vocación narrativa, monólogos dramáticos, relatos, historias, cuentos; entonces yo no lo había advertido, pero estaba allí [...].

La contención, una característica que acompaña, sin duda, a un escritor como Ospina, aparece de otra manera, no literalmente. No son muchos los poemas cortos, a pesar suyo, ya que su tono no quiere ser grandilocuente ni excesivo. Más bien es cauto y admite, como Borges (a quien se nota que admira y en ocasiones se parece bastante), que tal vez lo exceden los temas o que estos (como dice en el prólogo a uno de sus libros) no son dignos de entrar en el poema, como todo lo vulgar que nos acosa en los tiempos que corren (Borges dijo alguna vez que no concebía la palabra “taxi” como parte de un poema).

Al final de los libros citados arri-

ba, antes de *África* y de *La prisa de los árboles*, se incluyen 25 notas que quieren explicar asuntos de poemas de los libros que antecedieron, pues (piensa el poeta) son importantes para entenderlos a cabalidad. Yo creo que cualquier explicación sobra. Que el poema, aunque sea muy corto, debe decirlo todo. La ambigüedad, las dudas, la anfibología, normalmente, son dotes del poema. Del arte en general, cuando son conscientes. Por ejemplo, al referirse a un poema titulado “Oyendo gemidos distantes el enfermero se inyecta” (sus títulos, generalmente, también son así, largos), dice en una de esas notas que “el enfermero es George Trakl, poeta suicida”. La pregunta que se puede hacer cualquier lector es la siguiente: ¿es mejor que el poeta le haga esa precisión en una nota del final, o esa precisión debe estar, de alguna manera, en el poema mismo?, ¿o, simplemente, no estar y que el poema se defienda solo? Las notas que explican los poemas pueden ser tan pesadas como los glosarios que explican los términos del lenguaje hablado, el de las jergas, en un libro de cuentos, por ejemplo.

Hay bellos poemas en este libro, claro está. Algunos son muy largos y eruditos y espantan las ganas de leerlos completos; pero otros, cortos y largos, son muy agradables de leer, y otros más son sorprendentes y “suelos” (no son tan apegados a la erudición y al trascendentalismo que he señalado). En una ocasión, Ospina “irrespeto” el poema y, por ejemplo, escribe uno sobre el poeta norteamericano Ezra Pound, titulado “Esa niebla que asciende hacia San Marcos” (p. 286), en forma de entrevista. Allí no menciona en ningún momento su nombre, pero es uno de los poemas que “explica” al final con una de sus notas, donde nos cuenta, entre otras cosas, de quién se trata; a mi parecer, da con un bello texto que nos presenta al Pound que hemos conocido en su poesía, como magnífico guía de prominentes poetas y víctima del famoso lío con el gobierno norteamericano. Y dice, además, una cosa magnífica ante la pregunta (insisto en que el poeta simula el diálogo) sobre qué es la poesía: “Un soplo de azar sobre un jardín embrujado”. También hay un texto sorprendente, de solo dos líneas,

POESÍA		RESEÑAS
que se llama “Amenazas” (p. 80): —Te devoraré —dijo la Pantera. —Peor para ti —dijo la Espada. (Nota: las mayúsculas de los sustantivos comunes, injustificadas, son de la edición.) Ese poema lo recoge, ahora como cuento, Harold Kremer, en su <i>Colección de cuentos colombianos</i> (Deriva, 2002). A Kremer le ha gustado hacer eso con textos que, aunque estén presentados como poemas en otras ediciones, a él le parece que son minicuentos. También lo hace con fragmentos de novelas. Siempre tiene razón. A pesar de lo dicho, a mí me parece que <i>Poesía reunida</i> de William Ospina es un buen libro. Y él es un escritor que demuestra con creces conocer los meandros de la literatura, sabe perfectamente su historia, porque es un estudioso y un lector infatigable. En el poema se mueve como pez en el agua (aunque la erudición, tantas veces, a mi parecer, mata el corazón del poema y se convierte, más bien, en un discurso histórico por donde deambulan personajes normalmente fascinantes, pero etéreos), y llega a escribir rimas y métricas perfectas en sonetos, por ejemplo, porque es la forma que mejor encuentra para ciertos temas. (Su último libro de poesía es <i>Sanzetti</i>, de 2019, y contiene poemas todos de tres estrofas, cada una de cuatro versos alejandrinos —catorce sílabas—, con una métrica, entonces, perfecta.) Poemas como “Poe”: Edgar Poe se miró al espejo y se dijo: —Ese hombre del espejo no sufre, es un actor que imita mi sufrimiento. El hombre del espejo se dijo: —Ese hombre no sufre, finge sufrir para que yo sufra imitándolo. (p. 31) O como “El amor de los hijos del águila”: En la punta de la flecha ya está, invisible, el corazón del pájaro. En la hoja del remo ya está, invisible, el agua. En torno del hocico del venado ya tiemblan, invisibles, las ondas del estanque. En mis labios ya están, invisibles, tus labios. (p. 171)	...son, no me cabe ninguna duda, del agrado de cualquier lector, por exigente que sea. Luis Germán Sierra J.	